

5. La Transfiguración: cuando el rostro resplandece

“Se parece a su padre”. A los hombres, todos los recién nacidos les parecen iguales. Las abuelas suelen ser las primeras en detectar los parecidos del pequeño. “Pero, ¿no lo ves? ¡Si tiene los ojos de su madre!”. Parece increíble que en un rostro tan diminuto se adivinen ya los rasgos de la familia.

Pero a pesar de estos parecidos, sabemos que en cierto sentido, el rostro del bebé está por hacer. Las fontanelas, esas partes blandas de su cráneo, deben cerrarse en unos cuantos meses. Sus dientes saldrán más adelante, causando quizá noches de insomnio. Sus cabellos crecerán y su piel aclarará poco a poco su color.

El rostro lo recibimos como un **don**. Todo nuestro cuerpo proviene del amor de nuestros padres. Pero, de modo singular, esto vale para el rostro, que es su principal manifestación, algo así como su representante (la cara es el espejo del alma... y del cuerpo). Es un regalo que se nos ofrece. Por eso, a los ocho o diez años, el niño es ya responsable de tener limpia la cara y de estar bien peinado, pero no debe responder de la forma de su nariz o del color de sus ojos. Lo ha recibido de sus padres.

Pero nuestro rostro es también una **tarea**. Con el pasar de los años, el pequeño va haciendo suyo cuanto se le ha dado. Las acciones y las relaciones que cultiva van dejando huella en su cara. Lo curioso de esto es que, al personalizar su rostro, el chaval no pierde el parecido con sus padres; al revés, lo manifiesta con más fuerza.

Pero ¿qué ocurre con nuestro rostro a los treinta, cuarenta o cincuenta años? ¿Somos entonces responsables? Como la del valle y la montaña, la orografía de la cara revela también la erosión y la modelación del tiempo. Las lágrimas de dolor o de arrepentimiento, las sonrisas arrancadas del alma, las miradas de perdón, las heridas ayudando a otros, las canas de nuestras preocupaciones como padres... Todo ello va dejando un poso de dulzura y belleza en nuestra cara. Dicen que el rostro es un *curriculum* viviente. Y no se equivocan.

Conocemos la anécdota de Abraham Lincoln que buscaba un colaborador para su gabinete y rechazó a uno de ellos porque no le gustaba su rostro. A la objeción de un consejero (“El pobre hombre no es responsable de su rostro”) le respondió así: “Cualquier persona mayor de cuarenta años es responsable de su rostro”. Y no le faltaba razón. ‘Modelar un rostro’. Sería esta una buena forma de definir el misterio de la educación.

¿Y Cristo? No alcanzó él los ochenta ni los sesenta, pero ya a los treinta llegó a la madurez de una vida plena. También su rostro fue forjado por los años. El trabajo exigente de Nazaret le daría una mirada penetrante; con la muerte de san José adquiriría esa expresión de quien ha experimentado dolores profundos; el viento del lago curtiría sus mejillas. Y más tarde, en su predicación, fueron sus muchos encuentros con enfermos, las conversaciones en el camino, los diálogos íntimos de Betania, las lágrimas ante la tumba del amigo, el sudor de sangre en el huerto... los que modelaron su cara y, así, también su corazón.

Nos introducimos ahora en una de las acciones más especiales de la vida de Jesús. En ella se condensa el carácter extraordinario de sus milagros y la enseñanza de su predicación. Se trata del momento en el que Jesucristo subió al monte, acompañado de sus predilectos, Pedro, Santiago y Juan, “y se transfiguró delante de ellos”.

1. El misterio de un rostro

El del Tabor es un misterio central para los evangelios. Los sinópticos lo narran extensamente (Mt 17, 1-8; Mc 9, 2-8; Lc 9, 28-36), mientras que san Juan nos deja adivinar su contenido a través de unas palabras de Jesús (Jn 12, 23-32).

“Su rostro era brillante como el sol” (Mt 17, 2). Lo que ocurrió en aquel monte fue la manifestación de la belleza de Cristo. Rodeado de unos pocos íntimos, el rostro maduro de Jesús reveló por un momento toda su riqueza. El esplendor de los milagros y las palabras de Jesús se condensaron ahora en un rostro transfigurado: “Eres el más bello de los hombres. En tus labios se derrama la gracia” (Sal 44, 3).

Pero ¿qué nos revela este rostro? ¿Qué tiene de particular? Para descubrirlo, debemos considerar *cuándo* y *con quién* sucedió este misterio. Lo primero nos conducirá a la fiesta judía “de las tiendas” y el sentido de los signos (2); lo segundo nos mostrará la relación de Jesús con el pasado (Moisés y Elías), el presente (Pedro, Santiago y Juan) y el futuro (3). Podremos intuir así como el del Tabor es misterio de uno y de muchos rostros.

2. “Seis días después”: la fiesta de las Tiendas

¿Cuándo ocurrió la Transfiguración? Los tres sinópticos coinciden en contactarla con lo que ha sucedido inmediatamente antes. “Seis días después”, dicen Mateo y Marcos, “unos ocho” indica Lucas. Y ¿qué es lo que encontramos una semana antes del Tabor? Un evento que cambió la vida de Pedro: su profesión de fe.

Aquel día Jesús realizó una pequeña encuesta entre sus discípulos. Preparó el terreno preguntándoles primero por la opinión de la gente acerca de Él y, de repente, les lanzó un desafío: “Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?” (Mc 8, 29). No quería el Señor espectadores. No le interesaba conocer la nota que ponían sus oyentes a sus palabras y milagros. Pedía a los discípulos que tomaran posición respecto a Él. Y Pedro no le defraudó: “Tú eres el Cristo”. Los sinópticos coinciden también en lo que sigue: Jesús les mandó enérgicamente que guardasen silencio, anunció por primera vez su pasión y les señaló las condiciones para seguirlo.

Las últimas palabras del Señor antes de la Transfiguración nos indican la perspectiva para subir al monte. “Os aseguro que entre los aquí presentes, algunos no gustarán la muerte hasta que vean venir con poder el Reino de Dios” (Mc 8, 38; Lc 9, 27; Mt 16, 28). Ver aquel rostro “brillante como el sol” es, por tanto, contemplar el Reinado de Dios que viene con poder.

La Transfiguración parece estar en relación con la fiesta de las Tiendas (o de los Tabernáculos). En esos “seis días después” podemos descubrir una

referencia a la duración de esta fiesta o bien al periodo entre la fiesta del *Yon Kippur* y la de las tiendas.

Tres eran las fiestas principales del calendario judío: la de los Ázimos, en primavera, la de la siega (o de las Semanas) y la de las Tiendas (o de la Recolección), en otoño. Todas ellas poseían para el judío una triple referencia a la creación, a la historia y a la esperanza de una promesa, es decir, a la naturaleza, a la alianza y a su cumplimiento.

La fiesta de las Tiendas o de los Tabernáculos recibía su nombre de las chozas construidas con ramas que se empleaban para la cosecha (Dt 16, 13-17; Lv 23, 34-36). Pero junto a la súplica del agua para la próxima cosecha, la fiesta se transformó en seguida en un recuerdo. Las tiendas recordaban la acción de Dios con su pueblo al sacarlo de Egipto y conducirlo hasta la tierra prometida. "Habitaréis en tiendas para que sepan vuestros descendientes que yo hice habitar en tiendas a los israelitas cuando los saqué de la tierra de Egipto. Yo, Yahveh, vuestro Dios" (Lv 24, 42-43). A la vez, este memorial contenía una promesa: la protección del Señor en el desierto anunciaba las tiendas futuras en las que vivirían los justos.

En realidad, Dios se había mostrado ya cercano con su pueblo. Israel habitaba en tiendas; el Señor, en la Tienda del Encuentro, plantada por Moisés fuera del campamento. En ella habitaba la Gloria de Dios. Allí el Señor y Moisés "hablaban cara a cara, como un hombre habla con otro" (Ex 33, 11).

Carne transfigurada

A la luz de la fiesta de las Tiendas, podemos comprender mejor el misterio del Tabor. En el rostro de Cristo descubrimos que Dios ha puesto su morada entre nosotros. No es ya una tienda provisional en medio del desierto, sino la presencia en persona del Hijo de Dios en la carne de Jesús. En Él, Dios plantó la tienda: la clavó en la tierra de forma definitiva, para siempre. No tomó una carne: *se hizo* carne, pues la humanidad de Jesús no es "de usar y tirar".

Pero lo que contemplaron los discípulos supone algo más: su rostro se transfiguró. ¿Qué significa esto? ¿Qué pasó en el rostro de Jesús? Los sinópticos lo describen de oídas, pues ninguno estuvo allí. Juan, que sí lo vio, habla de la gloria del Padre presente en Jesús. Pedro, por su parte, nos dice que escuchó la voz venida del cielo mientras estaba con el Señor en el monte santo, (2 Pe 1, 16-18). Por eso, anuncia a Jesucristo "sin seguir fábulas ingeniosas, sino después de haber visto con sus propios ojos su majestad": el momento en el que Jesús "recibió de Dios Padre honor y gloria".

No sabemos bien lo que esto supuso en Jesús. Lo que sí conocemos es la reacción de Pedro: *Quedémonos. Hagamos tres tiendas*. Era algo tan maravilloso, que el discípulo quiso quedarse allí para siempre y construir las tiendas de los justos.

De esta forma, lo que nos revela este rostro no es sólo la presencia *permanente* de Dios. Hay algo más. En la mirada de Jesús, Dios mismo es ahora *visible*. No simplemente "*por medio de* la carne", sino *en* ella misma, en los rasgos del rostro de Jesús; no como la luz que pasa "a través del" cristal sino como la luz que, asumida por la fotosíntesis de las hojas, hace al árbol fecundo, como el agua

que hace reverdecer el campo. La carne de Jesús brilla con luz propia, de acuerdo con las tonalidades y ritmos de su humanidad.

Un rostro que ora

Lucas, siempre profundo en sus anotaciones, señala que, como el Bautismo en el Jordán, la Transfiguración sucedió “mientras Jesús oraba” (Lc 9, 29), es decir, mientras dialogaba con el Padre. Cuando Moisés descendía al campamento tras hablar con Dios, su cara brillaba de tal forma que tenía que taparla para no deslumbrar a cuanto lo miraban. Ahora también resplandece el rostro de Jesús, pero este no lo cubre. El esplendor divino no ciega ya los ojos de los discípulos, porque en Él Dios se ha hecho visible. Tiene un rostro humano.

En Jesús tenemos así acceso a la comunión con el Padre. Su carne es camino para conocer el amor de Dios y la gloria a la que nos llama. Quien le ve, ve al Padre (cfr. Jn 14, 9).

Dios nos habla por medio de signos

La lógica de la Transfiguración nos da una visión más profunda de la realidad. Nos enseña que esta es simbólica. Deseando comunicarse con nosotros, Dios ha sembrado nuestras vidas con símbolos de su presencia. Nos habla a través de ellos.

Pero hablar de símbolos resulta peligroso. En ocasiones tendemos a oponer lo simbólico a lo real, como si “símbolo” fuera sinónimo de metáfora o de una simple señal. Un letrero como el que indica “Madrid 47”, nos da una información: nos habla de una ciudad y una distancia. Ahí se agota su contenido. Pero en el símbolo encontramos mucho más. En la cena con una familia amiga reconocemos un símbolo de nuestra amistad. Compartiendo el comer, no sólo *constatamos* que somos amigos. El mismo banquete contiene en sí esa amistad y la hace crecer.

Nuestra vida de familia está llena de símbolos. El dibujo que el más pequeño ha preparado para su padre, las flores que regalo a mi esposa... No son mera señal informativa de afecto: en todo eso me pongo a mí mismo, hay como una parte de mi persona.

A través de los símbolos también Dios se nos comunica y se hace asequible y cercano. Un peso del todo singular corresponde a los sacramentos de la Iglesia, signos visibles y eficaces de la gracia invisible. En ellos celebramos en familia el progreso de cada miembro (bautizo, primera confesión, primera comunión, confirmación...) en su amistad con Jesucristo. Son prolongaciones de la manifestación del Señor en el Tabor.

3. Los testigos del misterio

Para comprender todavía mejor lo que nos revela este rostro, debemos considerar quiénes son los testigos de la Transfiguración. Los tres discípulos predilectos no estaban a solas con Jesús. Con ellos estaban también Moisés y Elías, representantes de una larga historia.

a. Moisés y Elías: un pasado transformado

Moisés y Elías, la ley y los profetas, hablaban con Jesús acerca de su “éxodo”, del camino que debería recorrer hasta la cruz y la resurrección.

Podríamos decir que la escena supone un “espaldarazo” para Jesús: la confirmación de que la promesa divina que recorre todo el Antiguo Testamento se cumple en Él. Pero el encuentro supone sobre todo una novedad en Moisés y en Elías.

En efecto, por una parte, podemos imaginarnos a Moisés sorprendido y gozoso. Contempla ahora al Mesías cara a cara, a Aquel que lo llamó desde la zarza ardiente. Pero además, puede pisar por vez primera la tierra de la Promesa, aquella que solo llegó a vislumbrar de lejos, desde el monte Nebo, antes de morir (Dt 34, 1-6).

Elías, por su parte, recibe también un don nuevo. Ante sus ojos está aquel por quien sufrió persecución continua y por quien se quedó solo ante los cientos de sacerdotes de Baal... (1 Re 17-21). Por dos veces hizo Elías bajar del cielo un fuego devorador. Ahora contempla ese Fuego nuevo y reparador que Dios ha enviado a la tierra (cfr. 2 Re 1, 8-15; Lc 12, 49).

De esta manera, la conversación con Jesús renueva las vidas de Moisés y Elías: da una nueva perspectiva a la historia de Israel.

Algo semejante ocurre en nuestra familia. Orando juntos, dialogando con el Señor en el Tabor, adquirimos un nuevo modo de mirar al pasado. Recordamos de una manera distinta: descubrimos mejor el sentido de lo que ha ido sucediendo en nuestra vida.

b. Un presente pleno: misterio de descanso

Pero además de Moisés y Elías, tenemos en Pedro un testigo excepcional de cuanto ocurre. Tan a gusto se encuentra que tiene la audacia de introducirse en la conversación y hacer una propuesta: “Hagamos tres tiendas”.

Tabor es lugar de descanso. Tras el primer anuncio de la pasión y cerca ya de su muerte, Jesús se lleva consigo al núcleo fuerte de sus discípulos. De los cientos de oyentes escoge a doce; de estos toma ahora a tres y les revela su misterio.

¿Dónde buscamos reposo? ¿En quién descansamos como familia? Las navidades son buena prueba de que para descansar no basta aumentar las horas de sueño y reducir las obligaciones. Descansar es un arte que es preciso aprender.

El Tabor nos enseña el deseo de Dios de darnos verdadero reposo. ¿Por qué entonces nos muestra Jesús su rostro? Porque quiere nuestro descanso y sabe que lo hallamos en los rostros que amamos. Lo que vemos en todos ellos nos lleva a recordar. Viendo el rostro de mi esposa, de mis hijos, padres y hermanos, hago memoria de esa larga historia de bendiciones. Contemplar el rostro me lleva a recordar, y esto a mirar de un modo nuevo y agradecido a la vida.

“Recuerda el sábado para santificarlo” (Ex 20, 8). El verdadero descanso enlaza profundamente con el tercer mandamiento. Se trata de no olvidar las acciones del Señor conmigo (cfr. Sal 77, 7). Contemplar los rostros de los que

amamos nos lleva a hacer memoria: imitamos así a Dios, que nos mira y no se olvida de nuestras obras, pues sus delicias son estar con nosotros.

La Transfiguración es, por tanto, escuela de descanso. Pero este tiempo reparador no puede prolongarse para siempre. El Tabor no es el fin: falta todavía el largo camino que pasa por el Gólgota y culmina con la ascensión desde el monte de los Olivos.

c. Un futuro más grande. De gloria en gloria

Por eso, Pedro se equivoca en su propuesta: “Hagamos tres tiendas”, es decir, quedémonos aquí. ¿Dónde estaba su error? ¿Qué había de malo en quedarse allí, con tan buena compañía?

En primer lugar, Pedro olvidaba a los “muchos”. Si fue escogido de entre tantos es para ser testigo de su gloria, *para confirmar* a sus hermanos. Jesús quiso trabajar a los mejores. Escogió a aquellos tres pescadores para que su misterio llegara hasta los doce, y de los doce a los cientos, a los miles...

En segundo lugar, Pedro no entendía la riqueza inefable de su Maestro. No comprendía que a la gloria del Tabor le sucederían glorias mayores. Podríamos decir que se conformaba con poco. Pretendía detener el correr de las aguas, perdiéndose la belleza del futuro. No sabía que el río de una vida en Cristo trae siempre nuevos afluentes, aguas ricas en minerales, nuevos horizontes, paisajes diversos... No es posible detenerlo.

La tentación de Pedro consistía en estancarse en el rostro del Tabor y perderse la belleza de Cristo obediente al Padre en Getsemaní, de su paciencia y perdón en el Gólgota, y su triunfo definitivo en la Gloria.

Y lo mismo puede pasarnos en casa. “¡Ojalá no crecieran!”, decimos medio en broma, mirando a nuestros hijos. No sabemos lo que decimos. ¡Qué pesadilla (y qué aburrimiento) sería la de un bebé que no crece y que repite siempre la misma etapa de su vida! Nos tienta la posibilidad de quedarnos con la hermosura del niño de tres años. Pero así nos perderíamos la inocencia del de seis, la ilusión del de ocho, las preguntas del de diez, las travesuras del de doce, los desafíos del de catorce, las primeras responsabilidades del de dieciséis...

Lejos de generar nostalgia, el Tabor es un impulso hacia el futuro. Más tarde, Pedro no recordará con pena aquellas horas de descanso: “Ojalá fuera como aquel día”. Conservará aquellas memorias como un tesoro de gratitud y una prueba de que *lo mejor está por venir*. Esta es la dinámica de la Transfiguración: arraigados en el don de nuestro origen, veremos cosas mayores.

De esta manera, igual que la antigua fiesta de las Tiendas, también el Tabor recoge las tres dimensiones del tiempo: es una transformación del pasado, una renovación del presente y un empujón hacia el futuro.

4. El misterio de muchos rostros

A la luz de esta renovación del tiempo, la Transfiguración adquiere un nuevo sentido. El “futuro más grande” que se anuncia, está ya inaugurado en Cristo, pero también en Moisés y Elías, y en Pedro, Santiago y Juan. Todos ellos entraron en la nube. Y es que en el Tabor no hay espectadores. Solo accede a este

monte el que está dispuesto a arrimar el hombro y a dejarse cambiar. Entrar en la nube es ser transfigurado con Cristo.

También nuestra familia entra en esa nube. Son dos, dice Pavel Evdokimov, las laderas del monte Tabor: la los esposos y la de los consagrados. Las dos nos conducen a lo alto y nos dejan contemplar la belleza del rostro de Cristo.

Que no nos extrañe. El mismo Juan Pablo II nos lo indicó en su encíclica sobre la acción humana (*Veritatis Splendor*), fechada el día de la Transfiguración (6 de agosto de 1993). Nos dio así la perspectiva para entender la moral cristiana: el esplendor de la verdad, es decir, la belleza que se revela en las obras de Jesús y que se contagia a las nuestras.

“Se parece a su padre”. Descubrir algún parecido en un recién nacido exige mucho de intuición femenina. En el rostro ya maduro de Jesús y en los nuestros, esa semejanza salta a la vista. En nuestras arrugas descubrimos que la sonrisa al enemigo ha dejado su huella. La pasión por nuestro esposo y nuestros hijos ha ido quedando grabada en nuestro rostro. Llevamos ahora en nuestra frente el nombre de nuestros amados.

El destino al que apunta la Transfiguración nos lo describe san Juan en las últimas líneas del Apocalipsis. Los habitantes de la Jerusalén celeste “verán el rostro del Señor y llevarán su nombre en la frente” (Ap 22, 4). La Transfiguración es el misterio de muchos rostros, transfigurados al contemplar a Jesús. *Quien ve al cristiano, ve a Cristo; quien ve a Cristo, descubre al Padre.*

Preguntas para el diálogo

1. Nuestra vida está hecha de signos. El Tabor nos muestra la dignidad de los signos para acceder a Dios. ¿Cuáles son los signos que van hilando y haciendo grande nuestra vida de familia?

2. ¿Qué es lo que hace hermoso un rostro? El rostro de Cristo se condensa en su mirada, en sus ojos. ¿Cómo miraba Jesús al mundo? ¿Cómo se disponía a acoger en su corazón cuanto le ocurría?

3. ¿Qué ocurre cuando nuestra familia entra en la nube? ¿Qué les pasa a las *relaciones* que constituyen nuestra vida al encontrarse con el Transfigurado?

4. Jesús se transfiguró mientras oraba. ¿Cómo se transforma nuestra mirada cuando nos reunimos para rezar en familia?